



Salud Mental

ISSN: 0185-3325

perezrh@imp.edu.mx

Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la
Fuente Muñiz
México

Gigengack, Roy

La banda y sus choros. Un grupo de niños de la calle hilando historias de edad, género y liderazgo

Salud Mental, vol. 37, núm. 4, julio-agosto, 2014, pp. 329-339

Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58231853007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La banda y sus choros.

Un grupo de niños de la calle hilando historias de edad, género y liderazgo*

Roy Gigengack¹

Artículo original

SUMMARY

This article recounts the story of the Bucareli boys, a group of street children in Mexico City who were also known as the *banda* of metro Juárez. Documenting the "Buca" boys over a period of three years allowed me to formulate three insights about the internal power differentiation in terms of leadership, gender, and age. These insights are valid as well, I think, for the other 15 *bandas* where I did fieldwork. First, it is important to place the dynamics of leadership and gender relations in an age perspective. Second, as structuring principles of street life, leadership, gender and age have an inherently evanescent character, due to an interplay of constraints that are both internal and external to the *banda*. My third suggestion concurs with Liebow in that homelessness creates a world of paradoxes and contradictions. Power differentiation among relatively powerless people is a contradiction in terms; and the dynamics of leadership, gender and age disclose paradoxical social ties within the *banda*. These can be particularly harrowing in the relations between street kids and the young adults posing as surrogate fathers and mothers.

This ethnographic analysis of "crazy-making homelessness" is relevant for mental health. The kids' story-telling about leadership and gender relations veiled their fragility, since in these tales they attributed themselves a power which they did not have in reality. More than mere symptoms of psychopathology or a manipulative personality disorder, these stories testify to the creativity and resilience of these young people. The illusory power of the *choros*, the bullshit tales about street children, enables them to live in apparent harmony under the conditions in which they live.

Key words: Street children, Mexico City, storytelling, leadership, gender, age, ethnography.

RESUMEN

Este artículo narra la historia de los *chavos* de Bucareli, un grupo de niños de la calle de la Ciudad de México, quienes también eran conocidos como "la *banda* del metro Juárez". Documentar su vida cotidiana por un periodo de tres años me ha permitido formular tres puntos de análisis relacionados con la diferenciación interna del poder, puntos también válidos para otras 15 *bandas* de niños de la calle de la Ciudad de México. Primero, es importante poner en una perspectiva de edad las dinámicas sociales de liderazgo y género que se dan al interior de la *banda* y entre las diferentes *bandas*. Segundo, los principios que estructuran la vida en las calles, como el liderazgo, el género y la edad, tienen un carácter inherentemente evanescente como consecuencia de la interacción de limitaciones internas y externas a la *banda*. Tercero, la falta de vivienda genera un mundo de paradojas y contradicciones. La diferenciación de poder entre personas que carecen relativamente de poder es una contradicción; y las dinámicas de liderazgo, género y edad demuestran las paradojas de las relaciones internas de la *banda*. Dichas paradojas pueden ser particularmente alienantes en las relaciones entre los niños de calle y los adultos que fungen como padres o madres sustitutos.

Este análisis etnográfico de la "enloquecedora falta de una vivienda" es relevante para la salud mental. Las historias narradas por los "gamines" en torno al liderazgo, el género y la edad esconden su fragilidad, porque en ellas los niños de la calle se atribuyen un poder del cual carecen en realidad. Más que meramente síntomas de locura o una personalidad manipuladora, estas historias testifican la creatividad y la resiliencia de estos jóvenes. El poder ilusorio de sus "*choros*" les facilita vivir con aparente armonía en las condiciones en que viven.

Palabras clave: Niños de la calle, Ciudad de México, narración de historias, liderazgo, género, edad, etnografía.

¹ Anthropology of Development. Sociology of Development and Change. Wageningen University and Research, Amsterdam, Holanda.

* Partes de este artículo se publicaron anteriormente en inglés.^{2,3} El trabajo de campo fue financiado por la *Amsterdam School for Social Science Research*, con becas adicionales de la Fundación IREWOC. Por los comentarios constructivos agradezco a Jojada Verrips, Rafael Gutiérrez y Leticia Vega, y sobre todo a Raquel Alonso López, con quien recabé, analicé e interpreté el material empírico.

Correspondencia: Roy Gigengack. Anthropology and Development SDC (WUR). Noordermarkt 31 hs; 1015 MZ Amsterdam, Nederland. Tels: 00313 1748 - 2526; 00316 1260 - 0793. E-mail: antropologie@gmail.com; roy.gigengack@wur.nl

"La enloquecedora falta de una vivienda genera un mundo de paradojas y contradicciones".¹

INTRODUCCIÓN

Los *chavos* de Bucareli eran una *banda* o un grupo de niños de la calle, que junto con otros se ubicaban en el centro de la Ciudad de México. Sus edades oscilaban entre los ocho y los 16 años; algunas veces también se encontraban adultos compartiendo el mismo espacio. Tomaron su nombre de la calle de Bucareli, donde habitaban en un inmueble en ruinas, remanente del terremoto de 1985. Durante las visitas de campo, normalmente se encontraban entre 10 y 15 niños; en ocasiones disminuían hasta sólo seis y en otros momentos se incrementaban hasta 40. Realizamos un recuento de la vida cotidiana de ellos entre los años 1993 y 1996.

El inmueble en ruinas ubicado en la calle de Bucareli se convirtió en la morada o el *terreno* de la *banda*.^{*} Para llegar hasta donde el grupo se reunía se tenía que pasar por una entrada angosta, que llevaba a un corredor oscuro y destruido. De ahí había que subir luego varias escaleras a punto de colapsarse y, en el cuarto piso del edificio, se tenía que brincar una serie de tubos de cañería. En el centro del lugar se encontraba una recámara donde, de acuerdo con las categorías de la *banda*, ellos *venían* o se *quedaban* pero donde nunca *vivían*.^{**} En esta parte, los gamines^{***} acostumbraban inhalar solventes, dormir, entretenerse con videojuegos y ver televisión. También recibían ahí a educadores de calle, antropólogos y otras visitas. Dicho espacio se convirtió en su salón principal: estaba decorado con chatarra y sin que faltara un pequeño altar a la virgen de Guadalupe. Pero el territorio de la *banda*, lo que ellos llamaban su *barrio*, era más que la sola casa en ruinas, ya que éste incluía la estación del metro Juárez donde solían sentarse y dormir en la entrada de la estación. Por tal motivo, los *chavos* de Bucareli también se autodenominaban la *banda* del metro Juárez.

* Usualmente en trabajos etnográficos los conceptos demóticos se escriben en cursivas. Esto se hace especialmente cuando el argot no tiene un equivalente en la lengua estándar y puede representar una confusión como con las palabras *activo* y *banda*. La gente de la calle, sin embargo, no sólo habla *argot*¹ sino que también usa palabras estándar y lo puede hacer con denominaciones que reflejan su estilo de vida. Cuando el vocabulario estándar hace referencia a categorías de la *banda*, mismas que no se hacen evidentes por el contexto mismo, éstas aparecen entre comillas. En el caso de conceptos de argot que son objeto de interpretación, éstos aparecen también en cursivas (como *choro*, *cotorreo*).

** Expresiones como *estar* y *venir* se asocian con los lugares donde viven los niños de la calle, aun cuando *vivir* alude típicamente al lugar donde ellos no han vivido por meses o años.² *Terreno* tampoco está directamente relacionado con su uso ordinario, pues más bien alude al territorio. Un *terreno* usualmente hace referencia a un inmueble en ruinas habilitado para acomodar a un grupo de niños de la calle y otros pobres. Alguien que *viene* al *terreno* probablemente visita la *banda* local con el propósito de platicar e inhalar solventes, mientras alguien que se *quedaba* probablemente duerme allí también.

*** Gamines es el término común para niños de la calle en otros países latinoamericanos, sobre todo Colombia.³ En México, educadores e investigadores lo utilizan también.

Documentar la vida cotidiana de esta *banda*, en un periodo de tres años, permitió formular tres puntos de análisis relacionados con la diferenciación interna del poder en términos de liderazgo, género y edad. Dichos puntos de análisis los considero válidos también para las otras 15 *bandas* de niños de la calle que visité en la Ciudad de México. En primer lugar, es importante poner en una perspectiva etaria las dinámicas sociales de liderazgo y género que se dan al interior de la *banda* y entre las diferentes *bandas*. En segundo lugar, los principios que estructuran la vida en las calles, como el liderazgo, el género y la edad, tienen un carácter inherentemente evanescente como consecuencia de la interacción de limitaciones internas y externas a la *banda*. Las historias narradas por los gamines en torno a las relaciones de liderazgo, género y edad esconden esta vulnerabilidad, porque en estas historias los niños de la calle se atribuyen un poder del cual carecen en realidad.

La tercera observación coincide con Liebow¹ en que la falta de vivienda genera una situación estructuralmente caótica. La diferenciación de poder entre personas que carecen relativamente de poder es una contradicción; las dinámicas de liderazgo, género y edad muestran las paradojas de las relaciones internas de la *banda*, que pueden ser particularmente alienantes en las relaciones entre niños de la calle y los adultos jóvenes que fungen como padres o madres sustitutos.

Este análisis etnográfico de la "falta enloquecedora de una vivienda" es relevante para la salud mental. Sin embargo, más que meros síntomas de locura o de una personalidad manipuladora, las historias de estos jóvenes testifican su creatividad. El poder ilusorio de sus *choros* les facilita vivir con aparente armonía en las condiciones en que viven.

LOS CHAVOS DE BUCARELI

La estación del metro Juárez se ubica a una corta distancia de la Plaza Garibaldi y de la calle Marroquí, por lo cual los *chavos* de Bucareli conocían bien a las *bandas* de ambos lugares. El estilo de vida de estos grupos era similar al de los *chavos* de Bucareli; por ejemplo, ellos también se *quedaban* en un *terreno*. Además, las tres *bandas* compartían una preferencia por la inhalación de *activo*, un solvente que contiene tolueno. Los *chavos* de Bucareli compraban este inhalable en el mercado negro de la Plaza Garibaldi y normalmente lo consumían en su propio *barrio* o en el *terreno* de la *banda* de Marroquí (más tarde denominada la "Casa de Todos"). La compra y el uso del *activo* constituía al mismo tiempo un atributo común y un vínculo importante entre las tres *bandas*.

Sin embargo, a pesar de la cercanía de las *bandas*, había un mundo de diferencia entre ellas. Las *bandas* de Marroquí y de Garibaldi eran cuatro veces el tamaño de la del metro Juárez. Entre sus miembros se podían observar adultos jóvenes y más grandes, varones y mujeres, varias de ellas con bebés y niños pequeños. En contraste, la *banda* del Metro Juárez se

caracterizaba por ser un grupo casi exclusivo de varones adolescentes. En el periodo de 1993-1994 no se observó ninguna mujer en el *terreno* y solamente había dos varones mayores de edad. Así pues, se encontró que género y edad tenían implicaciones mayores para la vida cotidiana en las calles, que van desde cómo organizaban los varones su morada hasta el contenido de las historias que narraban, pasando por el repertorio de juegos y prácticas de sobrevivencia y por la forma y el establecimiento de las relaciones con los vecinos.

La edad también modificaba el contacto con las agencias de intervención. La *banda* de Juárez acostumbraba ir a casas hogar, particularmente Casa Alianza y Ministerios de Amor. A menudo lo hacían por iniciativa propia. Para estos niños el acceso a la caridad y a la asistencia era mucho más fácil que para los adultos jóvenes de las *bandas* de Garibaldi y Marroquí. Sin embargo, pocos activistas, investigadores y promotores de la caridad visitaban el *terreno* de Bucareli. Para ellos, el lote baldío de la calle de Marroquí era más accesible, porque ahí, la políticamente astuta comunidad de la calle –conocida como *Casa de Todos*– resultaba ser un blanco más atractivo para sus respectivos proyectos e intereses.⁶

La composición relativamente homogénea de género y edad de la *banda* de Juárez estaba reforzada por la representación de sus propias personas como *machitos* o *pequeños machines*. Las cualidades que estos *chavos* se atribuían a sí mismos constituían una contradicción entre fortaleza y vulnerabilidad. Por un lado, estaban acostumbrados a pensarse a sí mismos como “niños de la calle”, lo cual era sin duda un resultado de la intervención de los demás en sus vidas (“Yo creo que soy un niño de la calle, porque, bueno, todos me dicen así”). Por otro lado, a los *chavos* de Bucareli les gustaba verse a sí mismos como *despapayosos* (granujas traviesos) y particularmente *desmadrosos* (y hasta *destroyers* o destructivos). Lo que diferenciaba a este grupo de otras *bandas* que conocí en la Ciudad de México era que contaba con una estructura formal de liderazgo y que excluía a las mujeres de sus filas.

Casi nunca se mencionó una estructura formal de liderazgo en las *bandas* de Marroquí y Garibaldi, donde la regla no escrita era que los personajes influyentes de la *banda* no hacían alarde de su posición. En contraste, los de Bucareli no titubearon en hablar de uno de ellos, llamado Lofar, como líder de la camada. Así como había indicios de que las *bandas* de Garibaldi y Marroquí no eran tan igualitarias como pretendían ser, también se dejaba en claro que la posición de Lofar como líder se encontraba constantemente socavada. Al igual que en otras *bandas*, había controles y contrapesos que entraban en juego para prevenir que cualquier miembro asumiera demasiado poder sobre los demás. No obstante lo mencionado, el liderazgo formal de Lofar se mantuvo como una característica única de los gamines de Juárez, y esto tenía que ver con que Lofar era bastante más grande que los demás.

Además, los de Bucareli aclaraban que no querían tener mujeres entre ellos. Esto daba la impresión de que era su propia opción no vivir con el género opuesto. Los gamines

podían decir cosas como: “Las chicas no entran aquí porque los *chavos* van a tener peleas por ellas”, o “¡Las mujeres no entran aquí, porque las mujeres son más limpias y a los hombres les gusta lo sucio!”. En una ocasión pregunté si mujeres etnógrafas o educadoras visitaban el grupo, a lo cual uno de ellos, *Pecas*, contestó: “Bueno, las mujeres sí nos pueden visitar pero no se pueden quedar; aquí no hay parejas, ni madres con niños, eso nosotros no lo queremos aquí”. Dicho discurso explícitamente misógino se correlacionaba con la composición unilateral de edad y género de este grupo. En contraste, las *bandas* de Garibaldi y Marroquí daban por sentado la presencia de mujeres, lo cual reflejaba igualmente las características de edad y género de dichas comunidades.

Durante el proceso de conocer a los *chavos* de Juárez ocurrieron varios cambios en términos de estructura de liderazgo y composición de género. Por ejemplo, uno de ellos, *el Mudo*, se fue con los de Marroquí, pero regresó cuando desapareció Lofar. *El Mudo*, quien había perdido la facultad de hablar en su infancia, asumió cada vez más el papel del personaje influyente de la *banda*. Varias mujeres jóvenes de la calle de Marroquí también empezaron a frecuentar el *terreno* de Bucareli. Con estas dinámicas “transbanda” –el constante movimiento de actores e ideas a través de las fronteras de las comunidades de la calle, pero aun dentro de los límites de la cultura de la calle– gran parte del discurso inicial sobre la estructura interna de liderazgo devino en historias inventadas según la ocasión. De hecho, también el contenido de tales cuentos cambió con el tiempo. En un momento dado, los muchachos afirmaron que no tenían un líder y que ahora apreciaban a las mujeres. Lo anterior sintetiza la historia de la *banda* de Bucareli. Su relevancia para la ciencia de la salud mental se ubica en el flujo de significados, los cuales están más allá del lugar común de las historias meramente pragmáticas o incongruentes con la realidad de la que siempre hablan los niños de la calle.

Lofar, el Jefe

Lofar: “Desde hace un año y medio nosotros hemos vivido en este *terreno*. Tenemos agua potable pero no tenemos electricidad e iluminamos con una fogata. Este edificio está así desde el sismo de 1985 y, por lo que yo sé, siempre ha sido tomado por niños. A veces los sacan pero siempre regresan. En una ocasión el edificio fue cerrado, y también pusieron a un vigilante pero los *chavos* lo tomaron otra vez. Ahora todo está tranquilo, nadie nos molesta y la policía ya no entra”.

Alvis, *el Cisne*: “¡Es que les damos en su madre!”.

Lofar (sin dar importancia a la interrupción del *Cisne*): “Yo conozco a la policía y la comunidad [los vecinos] muy bien. Yo negocio todo con ellos, es por eso que vivimos en paz con los vecinos, y sin provocar molestias. Si la policía llega a venir, les digo a los *chavos* que tenemos que resolver la disputa. Normalmente estamos aquí 12 a 15 *chavos*, y a veces hay más, porque vamos y venimos todo el tiempo.

Cuando hay *chavos* que no se atienen a nuestras reglas el grupo los corre de aquí. Yo obligo a los *chavos* a ir a la iglesia cada viernes y cuido que no hagan *desmadre* en la calle. También veo que no usen *monas* en la calle [la *mona* es un pedazo de tela o algodón impregnado con *activo*].”

El investigador mira incrédulamente a Alvis, *el Mudo*, *Pecas* y *el Chulo*. Todos ellos asienten con entusiasmo.

Lofar: “Yo mando a los *morritos* a una casa hogar, los Ministerios de Amor. Es verdad, son unos pinches porque obligan a los *chavos* a rezar, pero pienso que los chavitos están ahí mejor que en la calle. Yo también organizo a los *chavos* en un equipo de fútbol, para que jueguen y que no se la pasen con la *mona*. Es más sano”.

Lofar decía tener 20 años y era verdad que negociaba con vecinos y policías para que no los molestaran. Durante el tiempo en que conocí a Lofar, fue común observarlo alardear de ser el *jefe*, tanto “líder” como “padre” de los gamines. A diferencia de otras *bandas* que visité, la *banda* de Juárez no ridiculizó en ningún momento al *jefe*. Los cuentos que la *banda* narraba a educadores e investigadores hablaban de una historia colectiva del grupo, una perspectiva homogénea de un nosotros, así como de la importancia del *jefe* para el bienestar y la permanencia del grupo. Lofar, el experto en la vida callejera, hablaba como si fuera un salvador de niños.

En palabras de Goffman,⁶ el discurso del liderazgo de Lofar era “algo más sólido que la pura fantasía y algo más etéreo que los hechos”. Lo que más legitimaba la pretensión de liderazgo de Lofar era su habilidad para hacer creer a los demás, como a sí mismo, que él era en ese momento el líder de la camada. Los niños de la calle tienen una categoría especial para referirse a este tipo de cuentos en particular y en general a todos los que circulan en torno a los niños de la calle: el *choro*. El *choro* de la *banda*, incluido el de Lofar sobre un liderazgo formal, tenía el objetivo de convencer a su audiencia, y quizá también a los hablantes, que en sus vidas había esperanza y solidaridad, aunque fuera todo lo contrario. La apología de los niños de la calle contiene entonces historias tristes y felices. Ambos tipos de cuentos reflejan la situación especial de estos niños estigmatizados, una situación que transforma igualmente los cuentos de éxito de niños de la calle fuertes y robustos en historias trágicas.

En su *choro*, los *chavos* de Bucareli se proyectaban como un grupo relativamente armónico que había elegido al más experimentado como su líder. El *choro* de Lofar justificaba su liderazgo proyectándolo como un adulto capaz de proteger a los niños de la calle y de contener sus inclinaciones autodestructivas. Sin embargo este *choro* contrastaba con la realidad. A veces, al mismo tiempo que Lofar se congratulaba de inhibir el uso de inhalables, los chavitos ahí presentes permanecían con la *mona* impregnada con *activo* debajo de la nariz. Su *jefe* les decía que no inhalaran, pero dirigiéndose más a mí, o a él mismo, que a ellos. Además había indicios que cuestionaban el *choro* de que la *banda* había elegido a Lofar porque los protegía y ayudaba a disminuir el consumo

de inhalables. Yo contaba, por ejemplo, con información que señalaba que la influencia de Lofar se basaba por lo menos parcialmente en la venta y ofrecimiento del mismo solvente, cuya inhalación él supuestamente combatía en su papel de líder formal. También sabía que se decía que la amistad de Lofar hacia los *chavos* no era gratuita. En este sentido, algunos educadores que conocían bien a los *chavos* decían que Lofar abusaba sexualmente de ellos.

Aunque tal vez la autoridad de Lofar no era aceptada uniformemente, sin duda detentaba una base de poder sustancial. En otras *bandas* había pocos líderes, quizá ninguno, con una influencia tan formalizada, y aun así, este líder por excelencia, tan popular entre los *chavos* de Bucareli, no duró mucho tiempo. En cuestión de días su posición se desmoronó. Su fragilidad se arraigaba en la contradicción de la diferenciación de poder entre impotentes. La disminución de su liderazgo no se debió sólo a su ambivalencia hacia la vida en la calle o su comportamiento con los *chavos*, sino también a su imposibilidad para controlar a la *banda* y las inclinaciones destructivas de la misma. Lo que los gamines buscaban en Lofar –un control en su consumo de inhalables y una protección adecuada cuando se agredían entre sí– estaba fuera de su alcance. En este sentido, este joven falló donde psicólogos, educadores de calle y personal correccional tampoco habían tenido grandes logros.

Los gamines eran conscientes de que las historias de Lofar acerca del liderazgo benevolente en la *banda* era en gran medida la ilusión de un deseo y también parte del “cotoreo”: la guasa juguetona y humorística de los gamines. Ellos se reían y bromeaban del público que daba por válido el *choro* de Lofar sobre proteger y contener a los gamines. Su comportamiento bromista tenía significado, pues sabían muy bien que no se tenían que tomar tan en serio las ilusiones de Lofar.

El discurso y la ilusión sobre el liderazgo sirvieron a la *banda* del metro Juárez para sobrellevar su vulnerabilidad y aparentar una vida normal en su *terreno*. Sus historias les permitieron crearse la impresión de que por medio de una figura adulta en el grupo, podían alcanzar algún tipo de gobernabilidad y autocontrol en sus vidas, y de que su estilo de vida callejera era al menos en parte el resultado de sus propias acciones. La idea de contar simbólicamente con un líder asemejaba a la *banda* al modelo de la familia. Era una forma de aferrarse a una figura paterna que les protegiera contra el mal del mundo y también de su propio vicio de inhalar.

El señor mudo

Lofar se fue y *el Mudo* regresó. Se notaba que este último se perfilaba cada vez más como una figura influyente en la *banda*. *El Mudo* tenía 15 años, la misma edad que *Pecas*, *Alvis* y *el Chulo*. A diferencia de Lofar, *el Mudo* no hizo referencia alguna a un liderazgo formal, y esto no se debía sólo al hecho de que *el Mudo* no pudiera hablar. Como observé durante partidos de fútbol y juegos de cartas, *el Mudo* evadía más

bien presentarse como el *jefe* de la *banda*, ni siquiera ante los niños más pequeños, como los hermanos Sidri y Broc. Sólo en momentos específicos lo vi tomar la iniciativa de líder y esto siempre ocurría cuando la atención se centraba en los ingresos y gastos de la *banda*. Solamente había un grafiti sobre “la *banda* del *Mudo*”, que fue colocado sobre un eslogan de Lofar, el cual se podía haber interpretado como una referencia a una posición más formal.

La influencia del *Mudo* ya se notaba cuando todavía estaba Lofar. *El Mudo* era quien escondía las botellas con *activo* en las noches y en las mañanas distribuía las *monas*. Los muchachos pensaban que así no iban a inhalar tanto al tiempo que disminuían también los riesgos de asfixia durante el sueño o los incendios. Explicaron que tenían confianza en *el Mudo* para administrar los solventes, debido a que éste ya no inhalaba. Con su lenguaje de señas, *el Mudo* explicaba que, unos años antes, él había estado a punto de morir por el uso de *activo*. *El Chulo* narró el resto de la historia del accidente, situación en que la Cruz Roja se negó a llevar al niño al hospital. *El Mudo* apenas sobrevivió, y su rostro expresaba todavía miedo y repugnancia cuando insistía en que había visto a la muerte cara a cara. Entonces pregunté si, a consecuencia de este incidente, *el Mudo* había perdido la capacidad de hablar, y *el Chulo* explicó que *el Mudo* lo era desde muy pequeño y que por esta razón sus padres lo habían abandonado. “Su mamá todavía lo anda buscando”, bromeó *el Chulo*, cosa que negaron enfáticamente los sonidos chirriantes del *Mudo*.

Por su historia de infancia tan triste, *el Mudo* se asemejaba a Lofar, pues ambos contaban con una historia de vida marcada por la negligencia a su paso por las calles e instituciones. *El Mudo* también conocía otras *bandas*, como a los de Marroquí y hasta a los de Tacuba, donde, al igual que Lofar, no tenía la influencia de la que gozaba en Bucareli. Otro paralelo entre *el Mudo* y Lofar era que, en el caso de ambos, su posición derivaba de su relación particular con los inhálables, que era de cercanía y abstinencia al mismo tiempo. Sin embargo, *el Mudo* disponía de dos recursos adicionales que le daban influencia: brillo en los ojos y dinero. Cuando los *chavos* estaban viendo la televisión en la tienda de electrodomésticos enfrente de la estación de Juárez, era *el Mudo* quien manejaba “el reloj especial” que funcionaba como el control remoto del televisor, con el que la *banda* podía cambiar el canal sin que se dieran cuenta los dueños de la tienda. *El Mudo* también enseñó a los gamines a abrir carros y a despojarlos de los radios. Probablemente esta combinación de ingenio, delincuencia a pequeña escala, tal vez la venta de *activo* también a pequeña escala y su propia abstinencia de drogas, facilitó al *Mudo* tener más dinero que los demás. *El Mudo* no se veía sucio y siempre estaba bien vestido con ropa y zapatos de marca. También le gustaba poseer bienes como el reloj especial y aparatos aún más sofisticados.

El liderazgo informal del *Mudo* floreció en la economía de consumo del *terreno*. Proporcionó un televisor al grupo, rentaba las películas y compraba los videojuegos y las his-

torietas con que se entretenían los demás. Cuando un tal *Pooka* les robó el primer televisor, *el Mudo* arregló que cada miembro de la *banda* cooperara para pagar el segundo. El cuidado del televisor se convirtió así en una responsabilidad colectiva, una tarea que desempeñaron por turnos. Un par de meses más tarde, este otro televisor fue sustraído por unos policías, que dijeron que, “como eran niños de la calle”, ellos tenían que haberlo robado. La *banda* (es decir, *el Mudo*) compró un tercer televisor y *el Mudo* colocó en la pared una copia certificada del recibo para convencer a los policías de que este televisor lo habían obtenido legalmente (la copia, colocada pontificialmente entre el televisor y el altar, estaba registrada a nombre de “El señor *Mudo*”).

Al *Mudo* le fue bien por su contribución a la economía de la *banda*. Le brindó no sólo una posición más alta, sino también el mejor cuarto en el *terreno*. Este espacio privado, que llamaron *el cantón* del *Mudo*, medía aproximadamente cuatro metros cuadrados y *el Mudo* lo mantenía muy limpio. El compartimiento tenía una ventana, sin vidrio pero con mosquitero, y también contaba con un colchón y cobijas, así como con una colección de videos e historietas. Su *cantón* era motivo de orgullo para *el Mudo*. Un día antes de mostrarme su *cantón*, y sobre todo a mi colega Raquel, *el Mudo* entró corriendo para perfumarlo con un aerosol higiénico, que hizo resaltar más aún el contraste con las demás recámaras del baldío. En el periodo de liderazgo del *Mudo*, la *banda* mostró una imagen más igualitaria, pero atrás de esa cara pública se mantenía la diversidad de sutiles distinciones internas.

A moverse los morritos y a mocharse las chamaconas

Recuerdo bien cuando *el Mudo* y otros *chavos* de Bucareli aparecieron repentinamente ante la *banda* de Marroquí, también conocida como *Casa de Todos*. Gritando como sólo ellos lo podían hacer, daban la impresión de que una nueva cohorte de gamines invadía el *terreno*. Pronto resultó ser parte de la dinámica transbanda. De cinco a diez años atrás, los *chavos* de Marroquí tenían la edad de los gamines de Bucareli en ese momento. Ellos sabían que no tenían que competir con los morros, puesto que ambos grupos se ganaban nichos de supervivencia divergentes. Los de Bucareli tenían acceso a las casas hogar para niños de la calle, lo que era mucho más difícil para los *chavos* de Marroquí, quienes tenían la reputación de ser rebeldes. Entre los gamines de Juárez, la delincuencia se limitaba a pequeños hurtos a carros en el centro de la ciudad; aún no estaban listos para los *cortinazos*, los robos a tiendas de electrodomésticos, que algunos *chavos* más grandes cometían con cierta frecuencia.

Donde concurrían las actividades de supervivencia, las dos *bandas* no se disputaban el espacio. Los chavitos de Bucareli pedían limosna en las afueras del *terreno* que habitaban o en la estación del metro Juárez, mientras que las chicas de Marroquí pedían dinero en su propia calle. De hecho, los

gamines nunca hubieran podido competir en la recaudación de limosnas con las madres jóvenes de Marroquí, pues éstas acostumbraban pedir limosna sosteniendo a un bebé y a veces también a otro pequeñín. Por su parte, los varones de Marroquí acostumbraban cuidar coches y lavar parabrisas en las intersecciones cercanas de su calle.⁷ Los gamines de Bucareli tenían que trabajar mucho menos que los de Marroquí, ya que ellos podían recurrir a las casas de asistencia, y si trabajaban siempre lo hacían en su propio barrio.

La *banda* de Marroquí sacaba ventaja con la presencia de los gamines de Juárez, puesto que los últimos conferían a los primeros la apariencia de ser un grupo de niños de la calle. De este modo, la tierna edad de los gamines hizo del *terreno* de Marroquí un blanco aún más atractivo para los promotores de la caridad. También fue posible que, de vez en cuando y en pequeñas dosis, algunas figuras influyentes de Marroquí les vendieron cocaína o marihuana a los muchachitos. Solamente en una ocasión noté tensiones entre los dos grupos; eso pasó cuando los chavitos de Bucareli robaron los materiales de construcción que habían robado previamente los de Marroquí.

Más allá de la posible compra de drogas, los gamines de Bucareli tenían sus propias razones para mantener relaciones con los *chavos* de Marroquí. Por ejemplo, así se les facilitó tener acceso a organizaciones de caridad que hasta entonces no conocían todavía. Además, por la atención que pusieron los medios de comunicación en ese periodo, La *Casa de Todos* ya se había convertido en un símbolo nacional de los niños de la calle en resistencia contra la violencia policial. La *banda* de Marroquí era vista también por los demás niños de la calle como un grupo de *pinches desmadrosos*, por lo cual los gamines de Bucareli les tenían cierta admiración. Pero lo que más despertó el interés de los gamines hacia la *banda* de Marroquí eran precisamente las cualidades que ellos no tenían. En una ocasión presencié cómo los chavitos aprovecharon su buena relación con los de Marroquí para impresionar a otro niño que pertenecía a la *banda* de Tacuba, alabando el gran tamaño del grupo de sus aliados, la presencia de hombres fuertes y en especial que entre ellos había "muchacha, mucha chava".

Las dinámicas transbanda no se dirigían unilateralmente de Juárez hacia Marroquí, pues un proceso inverso se observó al final de 1994. La intervención tomó un papel importante y, para entender los cambios que se dieron en el *terreno* de Bucareli, hay que considerar lo que pasó en la *banda* de Marroquí. Como resultado de la violencia policiaca y el interés televisivo, el baldío se había convertido en un icono de inversión económica. Políticos y organizaciones no gubernamentales (ONG) negociaban en busca de un lugar alternativo, y pronto surgieron rumores que advertían de que los habitantes del *terreno* de Marroquí podrían obtener con esta negociación nuevos departamentos. Como resultado, se incrementaron las parejas jóvenes con sus bebés en la población de Marroquí. De esta manera, los miembros más

débiles de la *banda*, en su mayoría adultos solteros y los *chavos* más pequeños, empezaron a sentirse incómodos entre estas familias y optaron por irse al *terreno* de Bucareli.

La resistencia tenaz de la *banda* de Marroquí y sus lazos con una política de base rindieron fruto. Así, el 24 de diciembre de 1994, un edificio grande fue abierto como refugio ("para que los pobres sin hogar pudieran tener su Navidad"). Lo anterior afectó a los gamines de Bucareli de diferentes formas. A partir de esa fecha, los gamines podían contar con este espacio adicional donde podían quedarse, encontrar a otros niños de la calle, ver televisión y consumir *activo*. Sin embargo, los chicos de Juárez no eran los únicos que dividían su tiempo entre el nuevo refugio y el *terreno* de Bucareli. Varios miembros de la *banda* de Marroquí hicieron lo mismo. Generalmente, dichos miembros tenían la oportunidad de permanecer en el nuevo refugio, pero preferían la libertad de la autodestrucción que les permitía el *terreno* de Juárez en vez de la camisa de fuerza de programas de desintoxicación, guardería e inhalación regulada del nuevo refugio.

De Marroquí a Bucareli se cambiaron al menos 10 niños y adolescentes, así como un hombre soltero de unos 26 años llamado *el Mono*. Cinco mujeres también se fueron de la *Casa de Todos* y de sus programas de intervención para refugiarse en el área de inhaladores de Bucareli. Tres chavas, Hella, Lorelei y Megaira no se sentían cómodas entre las familias de Marroquí. Ellas vivían solas, puesto que no tenían pareja o bien porque la posible pareja estaba recluida en la cárcel. A ninguna de las tres les interesaban los programas de caridad: Hella no tenía niños y a las otras tres les habían quitado a sus hijos. Una cuarta chava, Mephitis, había sido expulsada de Marroquí supuestamente por ser demasiado agresiva e incontrolable durante su intoxicación con *activo*. La quinta, Gloria, tenía 22 años, era madre de cuatro hijos y era diferente porque ella sí gozaba de una influencia sustancial en la *banda* de Marroquí. Gloria era una visitante: no se quedaba en el *terreno* sino que *venía* para *cotorrear*, es decir, para platicar e inhalar *activo*.

Fluctuaciones drásticas en cuanto al número de integrantes son recurrentes en todas las *bandas* o poblaciones de calle. Pero en esta ocasión se dio en la *banda* una alteración fundamental en la composición de género y edad. Como resultado de la presencia femenina, los *chavos* de Bucareli empezaron a organizar su *terreno* de una manera que se parecía a la de la *Casa de Todos*, estableciendo diferencias entre los lugares privados y públicos y haciendo lucir un poco más limpio el espacio.

A excepción de Hella, las chavas de Marroquí eran bastante mayores que los gamines de Bucareli. Las chavas podrían haber sido demasiado débiles para permanecer en la *Casa de Todos* pero, a excepción de Hella, todas obtuvieron posiciones favorables en Bucareli. Físicamente, estas chavas eran más fuertes, tenían más experiencia viviendo en *banda* y sabían conducir a los niños de la calle. Por ejemplo, Mephitis, la paria, era muy capaz de pelear con navajas; Gloria, la

madre influyente, era conocida por sus habilidades verbales ("por lo cual de vez en cuando le decíamos *la Pelangocha*"). Fue así que se desarrollaron lazos seudofamiliares entre algunas de estas mujeres jóvenes y los *chavos* más morros de Bucareli. Por ejemplo, un gamín de siete u ocho años caminaba detrás de Gloria, preguntándole siempre si ella aceptaría ser su mamá y poniendo su cabeza en el hombro de ella.

Pero, obviamente, las chavas de Marroquí era jóvenes también, y los gamines de Bucareli nunca disimularon su excitación sexual hacia ellas. Sindri de 10 años comentó alguna vez sobre el *terreno* de Marroquí: "¡Ah sí, allí vi a las *chamaconas*! Eso fue lo primero que vi cuando llegué ahí". No es de extrañar que surgieran relaciones sentimentales entre las mujeres de Marroquí y los gamines de Bucareli. Sindri, el chiquito, solía inventar nombres de mascotas para referirse a su *chamacona*, Mephitis, quien le doblaba fácilmente la edad. Un día saltó de alegría, hizo una marometa y exclamó: "¡Estoy tan feliz! ¡Ya viene la *papelerita*!".

A veces, el cortejo implicaba un intercambio de bienes y solventes, como era probablemente el caso con Lorelei. A diferencia de las demás, Lorelei se veía limpia y vestía ropa íntima de lencería. En Marroquí se sabía que ella llevaba visitantes al *terreno* para hacer el amor con ellos. También corrían rumores, en los cuales nunca se mencionaban nombres, de que los varones de Marroquí tenían que hacer supuestamente fila para tener sexo con una chava "que ni siquiera les cobraba". Sin embargo, sería un error ver a Lorelei y Mephitis simplemente como mujeres lastimeras que se dejaron maltratar. En una ocasión, Lorelei permitió a dos chavitos ponerse entre sus piernas y tocar sus senos pero, cuando notó que yo los miraba, les indicó que se fueran y que regresaran en otro momento.

En términos del argot, los *morritos* empezaron a *move* y las *chamaconas* a *mocharse*. Los gamines hicieron todo lo que pudieron para proporcionarles a las chavas dinero, solventes y comida a cambio de una mezcla de amor materno y apareamiento. Para las chavas, su sexualidad representaba un medio para negociar: en lugar de ser víctimas de niños malos, Mephitis y Lorelei tenían el poder de mandar a los gamines a las calles a pedir dinero a cambio de sus favores. Las relaciones sexuales a través de las categorías de edad se caracterizaban por el trueque, el juego y la curiosidad. Sin embargo, Mephitis terminó en una relación más estable con *el Chulo*, de quien dijo estar embarazada, para posteriormente abortar a causa de una pelea a navajazos.

El Mudo era un caso especial. Obviamente, en el *terreno* de Marroquí no tenía la posición de que gozaba en Bucareli. (Una vez, en la *Casa de Todos*, vi al *Mudo* simular que estaba inhalando y de inmediato me mostró que su *mona* no estaba impregnada con *activo*.) Los varones de Marroquí vieron al *Mudo* como cualquier otro niño de la calle, como un pequeño inhalador más que intentaba obtener su parte de lo que había disponible; sin embargo, algunas mujeres de Marroquí lo vieron de una manera diferente. *El Mudo* mantuvo

una aventura con Hella para después abandonarla; dormía en hoteles con Graciela, la cual tenía la fama de ser un poco más costosa que las otras chicas. También ayudaba a Gloria, la madre *pelangocha*, a pagar los costos de su recién nacido (el bebé bien podría haber sido hijo del *Mudo* pero, al mismo tiempo, *el Mudo* podía pasar como hermano de Gloria). Así pues, al final, *el Mudo* gastaba cientos de pesos en sus *chamaconas*, quienes parecían competir por sus favores y comparaban celosamente cuánto obtenían de él al día. Gloria aprendió incluso el lenguaje de señas del *Mudo*.

Por un tiempo, Mephitis y Lorelei tenían influencia en la *banda* y cada una obtuvo un cuarto propio en el *terreno*. Su popularidad en el grupo también fue resaltada en el grafiti del edificio en ruinas donde sus nombres figuraban junto con el eslogan del *Mudo*. En el vecindario se identificaba a las chicas como *jefas* de la *banda*. El cambio en la composición de género de la *banda* terminó arrojando por la borda el último rastro del discurso misógino del grupo: con las chavas llenando un papel en las historias del liderazgo formal de los gamines de Bucareli. Sin embargo, la inversión de género no se puede interpretar como una conversión de estos chavitos a una no misoginia. Los gamines aceptaron a Mephitis y Lorelei no sólo porque ellos tuvieran fuertes inclinaciones hacia ellas, sino también porque ellas tenían los medios y la posición para hacerse respetar. Esto tomaba una pauta diferente cuando lo último no era el caso.

El trágico caso de Hella ilustra bien la generación de indiferencia hacia ciertas niñas de la calle. En aquel entonces, Hella tenía 13 o 14 años, al igual que los gamines, y por ello estableció una cadena de relaciones sentimentales con varios de ellos. Tras ser abandonada una y otra vez, Hella lloraba y trataba desesperadamente de regresar al último amor perdido. Tanto las mujeres como los varones de la *banda* hablaban mal de Hella: "Yo creo que tiene sida", "¡es una pinche chillona!". Los novios de Hella incluso le reprochaban por un comportamiento que ellos mismos practicaban cotidianamente: "¡Esa chava es una *pinche chema*!". No sólo la *banda* rechazaba al miembro más débil, pues también había educadores de calle que actuaban de la misma forma: "Hella es una mentirosa y una payasa", "No le hagas caso, ella sólo busca atención".

Para agravar la tragedia, resulta que las advertencias de los educadores no eran inapropiadas. El comportamiento de Hella se correspondía con sus problemas y también formaba parte de ellos. Una noche de trabajo de campo, mi colega Raquel y yo encontramos a Hella tirada en el suelo de la sala, en medio de los gamines que estaban inhalando y viendo la televisión. La niña se veía pálida y con fiebre, susurraba los nombres de su mamá fallecida y de la virgen de Guadalupe y decía que se iba a morir. A excepción de Dromi, su novio en turno, los demás gamines mostraron más interés en el programa televisivo *Loca Academia de Policía*, que en lo que afectaba a Hella. La niña aceptó nuestra propuesta de ir a una casa hogar. Como dijo que se sentía muy enferma para caminar, la cargamos y bajamos por unas angostas y peli-

grosas escaleras, en medio de una impenetrable oscuridad. Una vez en la calle, Hella pudo caminar y, cuando llegamos a la casa hogar, se le dio una cena que la hizo sentirse mejor. Sin embargo, aun cuando la casa hogar le causó una buena impresión, Hella estaba decidida a no quedarse ahí y la tuvimos que llevar de regreso al *terreno*.

Entonces empezaron a surgir algunas fricciones con otro nuevo habitante del *terreno*, Loki, de 16 años, cuyas incesantes travesuras le ganaron el mote de *Asesino*. En una ocasión se dedicó a tirar piedras desde el tercer piso del *terreno* de Marroquí a niños, educadores de calle, vecinos y cualquiera otra persona que pasara por ahí. Ante el placer malicioso de los gamines y su público, Loki, echando *desmadre*, descalabró a Hella, quien terminó sangrando mucho. Loki también me aventó a la cabeza una cubeta llena de lodo. Más tarde narré lo sucedido a los *chavos* de Bucareli, y ellos reconocieron inmediatamente el problema de contener a Loki.

El investigador: "Ah, ya, ¡yo conozco a Loki! Este chavo es bien *desmadroso* ¿Cómo se le puede calmar?"

Pecas: "¡Con la *banda* de seguro!"

Sindri: "Nosotros ya no lo dejamos entrar. Siempre que está aquí, roba. El otro día le robó 300 pesos al *Mudo* y además dos botellas de *activo*. Él también me robó a mí 20 pesos. Una vez intentó quitarme mi sopa y Mephitis le dijo que no se *manchara*. Entonces Loki le golpeó la cabeza a Mephitis con una escoba, la cual quedó medio rota y Mephitis se encabronó en serio y sacó su navaja. Si Loki no hubiera corrido rápido, ella le habría metido un navajazo. Hace poco lo corrimos otra vez; ahora cuando viene le lanzamos piedras para que se vaya. Ya nos tiene miedo".

Esta nota de campo muestra la irreversibilidad de los cambios en la *banda* de Juárez. Mephitis sabía controlar a Loki sólo porque había aprendido a hacerlo durante los años que había permanecido en Marroquí y Plaza Garibaldi. Los niños de 10 años, como Sindri, necesitaban obviamente a alguien como ella para protegerse de la violencia de gente como Loki. La protección de Mephitis era aún más necesaria puesto que los defensores de antes, Lofar y Pooka, habían dejado de ir al *terreno*.

En la narración previa también se pueden apreciar las cualidades ilusorias de la *banda*, porque en realidad nunca eran capaces de mantener una política consistente hacia Loki. Poco después de la plática con *Pecas* y Sindri, vi a Loki y su *camarada* Duvalín en el baño ubicado en la azotea del *terreno*. Junto con todos los demás gamines, los dos estaban inhalando *activo* y viendo la televisión mientras se masturbaban tranquilamente bajo sus grandes pantalones. Fuerzas externas también ayudaron a Loki a establecerse entre los *chavos* de Bucareli. Un ministro anglicano, por ejemplo, invitó a Loki a pasar con la *banda* un fin de semana en las montañas.

Con la llegada de más *banda* al vecindario, se incrementaron los conflictos entre vecinos y callejeros. Una y otra vez, los gamines y sus aliados fueron expulsados del *terreno*, sólo para ocupar nuevamente el lugar poco después. En los pe-

riódicos aparecieron historias de violencia que hablaban de los niños de la calle en Bucareli. También se esparció un rumor, que no pudo ser corroborado, sobre el supuesto asesinato de un hombre a manos de un niño por el metro Juárez. Los gamines se involucraron cada vez más en vandalismo, como la quema de carros estacionados. El primer caso de piromanía surgió como una reacción de venganza por haber sido expulsados del *terreno*. De acuerdo con fotos de los periódicos, Lorelei había cumplido un papel importante, puesto que ella fue presentada como "la capitana guapa", que guiaba a una *banda* de niños destructivos.

Otro incidente de pirotecnia ocurrió durante una protesta popular en contra de la represión al Movimiento Zapatista de Chiapas. Corrían rumores de que grupos de porros habían iniciado disturbios para provocar una reacción violenta por parte de la policía hacia los manifestantes. Pero, al parecer, también estaban involucrados *chavos* de Bucareli y Marroquí. Al día siguiente aparecieron fotografías en algunos periódicos en que ellos se veían danzando alrededor de dos patrullas de policía incendiadas. En esta ocasión, la mujer identificada como *capitana* de los gamines se parecía a Mephitis. No obstante, Jaibo, un chavo de 15 años que tenía poco de haber llegado, no pudo recordar que alguien en específico instigara al grupo. Como Jaibo lo expresó con una pizca de excitación en sus ojos: "la verdad, nosotros fuimos a hacer *desmadre*; cuando los carros estaban quemándose, la gente gritaba: ¡Que vivan los niños de la calle!".

La polarización en el vecindario se debió en parte al alejamiento del antiguo líder formal, Lofar, quien tenía habilidades para intermediar entre la *banda* y los vecinos. La desaparición de Lofar también implicó la evaporación de las historias alrededor de un liderazgo formal, el cual servía para suavizar conflictos y presentar a los gamines como un grupo con una organización ordenada. Obviamente, un líder informal y destituido como *el Mudo*, no podía llenar el hueco. Otro aspecto que contribuyó a la polarización de las relaciones con la comunidad fue la presencia de miembros de la *banda* de Marroquí. Mujeres como Lorelei y Mephitis habían aprendido gran parte del discurso de la *Casa de Todos*. Se habían apropiado de un vocabulario de derechos humanos y sabían lo fructífero que podría ser evocar palabras de activistas para defenderse en la calle. Por ejemplo, acostumbraban argüir: "Nosotros también somos seres humanos", con lo que reclamaban su derecho a no ser molestadas por la policía. Pero también hay que agregar que el discurso activista y las prácticas vandálicas correspondían a la autoimagen de los gamines como *bien desmadrosos*, es decir, como creadores de un caos auténtico. En ausencia de un pacificador reconocido como lo fue Lofar, los gamines tenían ahora la posibilidad de celebrarlo.

Un año más tarde, en 1996, las cosas habían cambiado otra vez. Los programas de intervención en Marroquí se habían agotado. El gran proyecto de las ONG terminó en manos de un servicio del gobierno, diseñado para este

caso especial y denominado "El Programa de *Casa de Todos*". Mientras que esta entidad copió la retórica e ideales para poder proporcionar apoyo básico a los pobres callejeros, las dinámicas institucionales tendían a ir en dirección opuesta. El nuevo refugio se cerró después de 10 meses, por lo que todo el grupo de Marroquí y los de Juárez fueron reubicados en cuartos de hotel por cuatro semanas. La mayoría de los adultos fueron desalojados entonces y advertidos de que tenían que cuidar de sí mismos.

El Mono, el eterno soltero que huyó de Marroquí a Bucareli, fue asignado por el administrador del proyecto como jefe de los chavitos. Él, al igual que los gamines, tendría que ser acomodado en una casa hogar en la periferia de la ciudad. Como todavía se tenía que construir el edificio de la casa hogar el administrador los invitó a colaborar en la construcción. Así, tenían que trabajar tres días por semana y regresar al *terreno* de Bucareli los cuatro restantes. Un día los *chavos* dejaron de asistir, y poco después todo el proyecto fue dado por terminado. El ciclo de reciclar a los niños de la calle de su *terreno* a un instituto, un hotel, una casa hogar inexistente y de regreso al *terreno* ilustra que también los funcionarios públicos, los políticos y las ONG generan sus propios *choros*, es decir, discursos ilusorios acerca de los niños de la calle, y que los programas de alivio de la pobreza también pueden convertirse en un *desmadre*.

Las mujeres y los varones de Marroquí se reacomodaron en otros *terrenos*. Algunos se mudaron al ínfimo *terreno* de Fensalir, un baldío en malas condiciones al otro lado de la calle de Marroquí. Hella perdió un diente en una pelea con un enamorado y se fue a vivir a otro *terreno* cuando su novio Hungur salió de la cárcel. Sindri perdió un ojo cuando un borracho, al que le cuidaba el coche, lo atacó en medio de la noche. A Loki le dispararon en una situación similar y sobrevivió para contarlo. Mephitis quedó embarazada nuevamente y regresó a la plaza Garibaldi. Según *el Chulo*, ella se fue a la casa de su madre para dar a luz, como lo había hecho con sus otros dos hijos.

El Mono se compadeció de los gamines y, aun cuando el gobierno retiró su apoyo completamente, él se quedó en el *terreno* de Bucareli: después de todo, tampoco tenía otra opción. A los ojos de los gamines, el hombre de 28 años ya era considerado como un veterano envejecido en las calles y en los institutos. *El Mono* enseñó a su vez a los gamines a cuidar coches; también recogía y redistribuía los pagos. Por su parte, los vecinos expresaron que *el Mono* cuidaba bien a los gamines. Los chicos estaban *tranquilos* otra vez, y seguían escalando la puerta reforzada e instalada por la policía para dormir en las cuevas de su *terreno*. Así como pasó con Lofar dos años atrás, empezaron a aparecer algunas fisuras en la aparente paternidad del *Mono*. Los gamines le tenían aprecio por su corazón de oro y sus habilidades para pelear, pero lo despreciaban por ser un inhalador sometido. Los gamines aborrecían su apariencia envejecida y decían que estaba *acabado* o terminado por el vicio; no obstante, ellos continuaban

abasteciéndolo de *activo*. Una vez *el Mono* me confió: "antes, los grandes enviaban a los niños, pero ahora son los niños los que nos llevan a los mayores al vicio".

Los choros: instantes de creatividad y resiliencia

En este análisis se puede observar que incluso un grupo relativamente homogéneo en términos de edad y género, como la *banda* de Juárez, devino en un grupo de niños de la calle que incluía a otros pobres. En un nivel más alto de autoorganización, los gamines de Juárez estaban íntimamente ligados a *bandas* que en promedio contaban con una o dos generaciones por arriba en el "ciclo de vida callejero".* Las relaciones de los gamines de Juárez con la *banda* de Marroquí subrayan la diferenciación y la convivencia de edades dentro de la cultura de calle. Precisamente por la diferencia de edad, estas dos *bandas* podían mezclarse y sus individuos pasar de una a otra.

Este artículo destaca entonces las limitaciones de un discurso sobre los niños de la calle donde "niños" y "adultos" son mistificados o falseados como opuestos, como si fueran categorías antagónicas, mutuamente excluyentes e internamente homogéneas. En la Ciudad de México, las *bandas* o comunidades de "niños" de la calle están integradas mayoritariamente por jóvenes; sin embargo, adultos, niños pequeños e incluso bebés aparecen constantemente dentro de sus fronteras.

La edad también desempeña un papel importante en las narraciones de los niños de la calle. Al representarse a sí mismos como *machitos*, como pequeños hombres masculinizados que gobiernan su propia sociedad de gamines, los *chavos* de Bucareli crearon la ilusión de un autogobierno exitoso con sus propios orden y vigilancia de sus fronteras. Las historias que hilaron sobre el liderazgo formal de un varón adulto y la exclusión de mujeres en el grupo fueron en su momento significativas y comunales,** aun cuando los momentos de guasa e incertidumbre indicaban que los niños eran conscientes de que tales narraciones eran solamente *choros* o historias inventadas. Frecuentemente, esas historias se adaptaron al reacomodo de adultos en el grupo. Fue así que el discurso de liderazgo formal desapareció después de la partida Lofar. Con la salida de este supuesto pederasta, desapareció la misoginia explícita de los gamines y, con la

* El término "ciclo de vida callejero" es de Fleisher,⁸ cuyo estudio sobre "vagos y ladrones" en Seattle distingue entre niños, adolescentes, jóvenes y veteranos.

** Las fantasías y mentiras de los jóvenes de la calle han sido documentadas en varias publicaciones, pero pocas veces han sido objeto de investigación antropológica más allá de sus implicaciones metodológicas.⁹ Mientras que trabajadores sociales, psicólogos y educadores comúnmente ven dichas fantasías y mentiras como un síntoma de la existencia infeliz de los niños de la calle, algunos etnógrafos interpretan las historias como parte de un repertorio de sobrevivencia. Aptekar,¹⁰ por ejemplo, ve la práctica de narrar historias como una "habilidad de los niños de la calle para manipular públicos", y que cumple la "función psicológica" que les permite "corresponder a una sociedad que les devalúa". Nociones tanto de psicopatología como de manejo de información pueden ser válidas para casos particulares, pero pasan por alto los significados colectivos contenidos en las ilusiones que los niños de las calles tienen de sí mismos.

llegada de mujeres al *terreno*, los gamines también empezaron a expresar un gusto por ellas. Con *el Mono* reaparecieron algunos elementos del discurso formal de liderazgo.

La edad fue la característica sobresaliente que diferenciaba al *jefe* de los *carnales*. La edad de Lofar no sólo implicaba una ventaja significativa en recursos, sino también una diferencia en percepción. Una figura influyente con mayor edad que el resto de la *banda* es denominada fácilmente como líder, puesto que el mundo exterior asume que entre los niños de la calle el orden se mantiene por medio de una jerarquía formal basada en la edad.* En otras palabras, Lofar pudo pasar como *jefe* porque contaba con el poder y la edad para hacerlo. Cuando Lofar dejó el grupo, las diferencias de edad se volvieron irrelevantes o muy pequeñas para un liderazgo formal. En estas circunstancias, los *chavos* de Bucareli estaban organizados o desorganizados como cualquiera otra *banda*, hasta que apareció *el Mono*, quien era suficientemente adulto e influyente para pasar por *jefe*.

El Mudo no tenía la edad para pasar como *jefe* y, por lo tanto, su posición era más informal que la de Lofar y *el Mono*. Sin embargo, la base de su poder reflejaba importantes aspectos de los dos adultos y probablemente disfrutó por ello de más influencia por sus recursos y capacidades. La división de poder entre los *carnales* era más o menos implícita por razones de ideología (*carnalismo*), así como de pragmatismo (por ejemplo, la presentación de algunas propiedades del *Mudo* como bienes colectivos). Los pequeños robos, el control de la inhalación de los demás y otras actividades que confirieron su posición al *Mudo* fueron ilícitas, lo que explica la necesidad de mantenerlas incógnitas. La influencia de Lofar y *el Mono* se basaba también en la supervivencia y la autodestrucción, pero en este caso no podían disimularse las diferencias entre los niños y estos dos adultos. Para maquillar la base más ilícita de su subsistencia, Lofar y *el Mono* tenían que subrayar su edad y pasar como líderes o figuras paternas. Para resumir, ser mayor de edad era una condición y una razón para convertir la influencia informal en un liderazgo formal.

La negociación con el mundo exterior y el cultivo de una imagen más ordenada y decente puede explicar por qué, en dos ocasiones, los gamines de Juárez aceptaron a un adulto como *jefe*. Sin embargo, una explicación instrumental como ésta no considera la dimensión expresiva de la representación colectiva de sí mismos de este grupo. Buena parte de las historias de liderazgo se centraron en la capacidad del *jefe* para proteger a los *carnales* y contener sus inclinaciones autodestructivas. El espacio entre la ilusión y la realidad indica

que el significado del *choro* radica en el embellecimiento de la vida de calle. Lofar y *el Mono* estaban dispuestos a aceptar la función de *jefe* porque esto les daba una razón oportuna para estar en el *terreno*: estaban ahí para proteger a los *carnales* y no para abusar de los niños de la calle o sus solventes. Para los gamines mismos, la figura de un padre sustituto enmascaraba contradicciones incómodas. En este sentido, Lofar resultó ser tan benigno como dañino para los gamines, y *el Mono* cumplía un papel positivo y negativo a la vez.*

En una bifurcación similar, la edad modificó las relaciones de género. Siempre se ha declarado que las niñas de la calle padecen dos tipos de vulnerabilidad: por su condición de pobreza y su condición femenina. Aunque Hella se ubicaba cerca de esta imagen de doble victimización, ella tampoco era una víctima pasiva. Para las otras chicas y madres jóvenes de la *banda*, la situación se volvió aún más complicada, dado que contaban con fortalezas y competencias adultas. Su feminidad, por otro lado, les ofreció oportunidades para negociar con los gamines de Juárez. De hecho, las mujeres cumplieron con su tarea civilizatoria, y lograron hacer más presentables al grupo y al *terreno*. La mezcla de amor materno y de amor carnal permitió que Lorelei y Mephitis actuaran ocasionalmente como si fueran las líderes formales de la *banda*.

El amor materno envolvía emociones y significados. Los cuidados maternos podrían haber sido igualmente importantes para estas mujeres jóvenes, porque es posible que les ofrecieran alguna compensación por las deficiencias maternas en sus propios hogares. Pero la tarea de ser madre para niños de la calle es estructuralmente imposible, en especial por el constante reacomodo de niños y mujeres. Así, el significado de la seudomaternidad en la *banda* probablemente vaya más allá de sí misma, y que tenga que ver con la ambivalencia en los intercambios económicos entre los *morros* que se *mueven* y las *chamaconas* que se *mochan*. El lazo pseudofamiliar habilitaba tanto a los niños como a las mujeres para enfrentar la conciencia de que, a pesar de todo, la reciprocidad existente entre ellos se basaba en formas de trabajo infantil y transacción sexual.

La significancia simbólica de las madres y los padres sustitutos se puede leer en las denominaciones que los gamines de Bucareli se atribuían a sí mismos: *desmadrosos* y *despapayosos*. En el vocabulario popular, dichos términos aluden a los creadores de *desmadre* y *despapaye*, respectivamente, el caos y el pequeño desorden. En la jerga de los niños de la calle, estas denominaciones se refieren también a la inhalación de pegamentos y solventes. Cabe señalar que, literalmente, estas palabras hacen referencia a aquellos que no tienen madre (*des-madrosos*) y a aquellos que no tienen padre (*des-papayosos*). La distinción es importante porque no tener madre es peor que no tener padre. La ausencia de la

* Se observa que las representaciones de liderazgo de adultos jóvenes abundan en la literatura sobre los niños de la calle, aunque hay pocas pruebas empíricas que hagan referencia a un liderazgo formal (para el contexto colombiano, véase Ennew¹¹ y, para el caso peruano, véase Gigengack⁹). Lo que yo he encontrado en México, sin embargo, no puede ser extrapolado tan fácilmente a otros contextos. La vida en la calle parece ser más violenta en Colombia y Perú que en la Ciudad de México, y el liderazgo formal en las bandas callejeras podría ser un mecanismo para enfrentar la violencia extrema.^{9,12}

* Cohen¹³ escribió acerca del mito y la retórica de la igualdad comunitaria. La retórica de los niños de la calle acerca del liderazgo formal es más bien un mito de la jerarquía comunitaria.

madre representa el caos puro y, por lo tanto, es tomada como el símbolo más apropiado para los niños de la calle. "Destruyores sin madre" versa el adagio de los olvidados.

REFERENCIAS

1. Liebow E. Tell them who I am: The lives of homeless women. New York: Penguin Books; 1995. (1993).
2. Gigengack R. The buca boys from metro Juárez: Leadership, gender and age in Mexico City's youthful street culture. *Etnofoor* 1999;2(1):102-124.
3. Gigengack R. Young, damned and banda. The world of young street people in Mexico City, 1990-1997. Unpublished PhD dissertation, University of Amsterdam; 2006.
4. Polsky N. Hustlers, beats, and others. Londres: University of Chicago Press; 1985. (1967).
5. Hecht T. At home in the street. Street children of northeast Brazil. Cambridge: Cambridge University Press; 1998.
6. Goffman E. Asylums. Londres/Nueva York: Penguin Books; 1991. (1961).
7. Gigengack R. De symbolische constructie van straatkinderen: Jongens en meisjes van Plaza Garibaldi (Mexico-stad). *Amsterdams sociologisch tijdschrift* 1997; Jaargang 24(1):24-71.
8. Fleisher M. Beggars and thieves: Lives of urban street criminals. Madison: Wisconsin University Press; 1995.
9. Gigengack R. De biodiversiteit van asfaltjungles: Straatkinderen in Mexico and Peru in een vergelijkend perspectief. En: Anne G (eds.). *Uit de Zevende*. Amsterdam: Het Spinhuis; 1998.
10. Aptekar L. Street children in the developing world: A review of their condition. *Cross Cultural Research* 1994;28 (3):195-224.
11. Ennew J. Parentless friends: A cross-cultural examination of networks among street children and street Yyouths. En: Nestman S, Hurrelman K (eds.). *Social networks and social support in childhood and adolescence*. Londres: De Gruyter; 1994.
12. Connolly M. 'Adrift in the city: A comparative study of street children in Bogota, Colombia, and Guatemala City' in homeless children: The watchers and the waiters. Nueva York: The Haworth Press; 1990.
13. Cohen A. The symbolic construction of community. Londres: Routledge; 1993. (1985).

Artículo sin conflicto de intereses

RESPUESTAS DE LA SECCION AVANCES EN LA PSIQUIATRIA Autoevaluación

1. B
2. A
3. A
4. A
5. A
6. E
7. D
8. A
9. B
10. B
11. C
12. B
13. C
14. A
15. C